

Para los historiadores de la ciencia que no estudiamos las expediciones científicas ilustradas, la lectura de un nuevo trabajo sobre este tema nos provoca irremediamente un sentimiento que bascula entre la admiración y la envidia. Algo parecido nos ocurría hace años con los trabajos publicados en *Isis* y en otras revistas extranjeras. ¡Qué doloroso era entonces volver a la realidad y asumir el retraso histórico de nuestra disciplina en España! Un retraso que poco a poco se ha venido atenuando, pero que seguirá presente hasta que no se cuente con el apoyo institucional adecuado; hasta entonces, los historiadores de la ciencia seguiremos siendo poco menos que piratas de la cultura o directamente exiliados en países con mayor sensibilidad hacia la historia de la ciencia. Pero volviendo a las expediciones, los libros que las relatan suelen contar además con el generoso aliciente de contener preciosas ilustraciones que convierten su lectura en un ejercicio visual de extraordinario agrado.

Las expectativas que, por todo lo dicho, nos generan estas obras sobre expediciones científicas se cumplen con creces en el libro objeto de la presente reseña, en el que se narran con detalle ciertos avatares de la Expedición Botánica a la Nueva España. Y no se podría esperar menos, habida cuenta de que proviene de la pluma del principal estudioso de esta expedición, José Luis Maldonado Polo, investigador del CSIC (Madrid). Con anterioridad ya nos había narrado Maldonado otros capítulos interesantes de la expedición, rescatando además los manuscritos que daban cuenta de sus resultados (viene a cuento recordar, en este sentido, la *Flora de Guatemala*, bellamente editada por Doce Calles en 1996). Siguiendo en la misma línea, en esta ocasión nos ofrece una descripción de la expedición a su paso por una de las

regiones mexicanas más preciosas en cuanto a sus riquezas naturales: Michoacán.

La Expedición Botánica a la Nueva España (1787-1803) se organizó, como no podía ser de otra manera, con propósitos diversos. Desde luego no podemos pasar por alto el interés de la monarquía borbónica de reforzar su control sobre las colonias de ultramar; pero había también un interés puramente científico: conocer mejor estos territorios y de este modo completar la obra iniciada dos siglos antes por el protomédico Francisco Hernández. En la expedición participaron diversos naturalistas, colectores y dibujantes, algunos españoles y otros novohispanos; pero si debemos destacar tres nombres, sin duda estos serían los botánicos Martín de Sessé, promotor de la expedición y su principal responsable; Vicente Cervantes, que se haría cargo de la cátedra de Botánica establecida por la expedición en Ciudad de México (junto con un jardín botánico), y José Mariano Mociño, médico criollo que enseguida sobresalió como alumno de Cervantes, hasta el punto de ganarse su incorporación, en calidad de botánico, a la expedición. En los 16 años de herborizaciones por América, estos naturalistas recorrieron buena parte del continente, desde el archipiélago de las Vancouver hasta cerca de Panamá, incluyendo Cuba y Puerto Rico. Suman varios miles de kilómetros que les sirvieron para hacer acopio de un buen número de especies de plantas, muchas de ellas nuevas para la ciencia, realizar dibujos de las producciones naturales y tomar nota de los usos medicinales y del avanzado conocimiento botánico indígena.

De todo este periplo, insisto, el libro de Maldonado narra el paso de la comisión por los territorios de Michoacán, que tuvo lugar entre 1790 y 1791. La obra está organizada en dos partes. La primera es básicamente una descripción del viaje. El autor comienza por hacer una síntesis, por cierto muy clara, de lo que fue la ciencia española durante la Ilustración. A continuación nos ofrece una descripción muy concisa de la riqueza natural de México (que cuenta con el 10% de todas las especies biológicas que existen en el planeta) y en especial del estado de Michoacán, ofreciendo datos y ejemplos que ilustran bien no sólo el gran interés que podía despertar su estudio entre los

naturalistas de la expedición, también -y sobre todo- el tremendo desafío que se plantearon estos naturalistas al pretender establecer una relación de su extraordinaria riqueza vegetal.

Después de ofrecernos un rápido viaje por la ciencia mexicana de la segunda mitad del siglo, el autor se detiene para describir el estado de la ciencia en Michoacán, en un capítulo muy afortunado que titula “Los reformadores ilustrados en Michoacán”. En pocas páginas logra esbozar un convincente cuadro del contexto cultural michoacano, deteniéndose en las interesantes iniciativas científicas que se estaban llevando a cabo en la ciudad de Valladolid, la actual Morelia, en el momento en que los expedicionarios se establecieron en ella, tomándola como centro de sus exploraciones. En ocasiones fueron ciertas personalidades ilustradas de la ciudad las que los orientaron en sus itinerarios y hasta los acompañaron en algunas de sus salidas de herborización.

Termina esta primera parte con una minuciosa descripción de los itinerarios de las exploraciones por tierras michoacanas, que el autor logra recomponer a menudo recurriendo a datos de la flora, relacionándolos atinadamente con los paisajes de las zonas, desentrañando a partir del conocimiento del medio los que podrían haber sido los principales propósitos de los naturalistas en las diferentes etapas. Uno de los viajes sin duda más emocionantes habrá sido el ascenso al volcán del Jorullo, en el término de La Huacana, que emprendieron en agosto de 1790. El volcán había surgido de forma repentina treinta años antes, lo que había causado gran revuelo y despertado la curiosidad de los científicos en el mundo.

Hasta aquí la primera parte. La segunda constituye casi dos tercios del libro. Está dedicada principalmente a la transcripción de las descripciones en latín de las plantas recogidas en Michoacán por el grupo expedicionario, a partir de los manuscritos hallados en el Real Jardín Botánico de Madrid. Además, cuando es posible, las descripciones van acompañadas del nombre actual de la planta, al que se ha llegado tras la revisión taxonómica de su ejemplar de herbario correspondiente. Esto hace que la obra no sólo resulte interesante desde

el punto de vista histórico, sino también para cualquier estudio sobre la flora y vegetación de la región.

Para no extenderme pasaré a señalar algunos aspectos de la obra que llamaron especialmente mi atención.

1) En primer lugar -ya lo he indicado-, me parece muy oportuno el modo en que está analizado el contexto. El autor hace un esfuerzo enorme por contextualizar la expedición en la realidad michoacana del siglo XVIII y principios del XIX. Este mérito adquiere un valor añadido si tenemos en cuenta que la historia de la ciencia mexicana está en general tocada por un exceso de centralismo, pues ha tendido a poner la lupa en Ciudad de México, en perjuicio de las iniciativas científicas emprendidas en provincias, a menudo de gran valor.

2) Hay que destacar también el modo en que el autor maneja las dos fuerzas culturales imperantes en aquellos momentos en el ambiente cultural de la Nueva España y en particular de Michoacán: la metropolitana (o peninsular) y la criolla. Y es que no debemos olvidar que la región michoacana fue cuna de buena parte de los insurgentes más activos en el proceso de Independencia. Aunque cabe integrar la expedición en la lista de proyectos promovidos por la Corona para acentuar su control sobre el territorio novohispano, no cabe duda que enseguida surgieron intereses e inquietudes comunes con la clase criolla -la incorporación de Mociño sería la manifestación más evidente, pero no la única-, que nos demuestra que la realidad es siempre más compleja de lo que suelen contar los manuales de Historia.

3) Un tercer aspecto que quisiera resaltar es la metodología que emplea el autor para abrirse paso en sus investigaciones. La historia es la ciencia de los matices: el menor detalle nos puede abrir una brecha para penetrar en otros espacios de la realidad que nos permitan comprender al ser humano desde nuevas dimensiones. En este sentido, Maldonado encuentra pistas que otros historiadores y científicos anteriores no vieron. Logra trazar itinerarios de las expediciones a partir de los datos florísticos. Logra dibujar un plan de objetivos y prioridades a partir de datos que hubiesen quedado probablemente para siempre en el olvido. Y esto lo consigue en virtud de sus

conocimientos históricos pero también botánicos, ya que el autor comparte en su haber la profesión de historiador y de biólogo.

Ya para terminar, no quiero dejar de mencionar la esmerada edición de la obra, que incluye preciosas láminas de plantas procedentes de los acervos del Real Jardín Botánico de Madrid y del Instituto Hunt de Documentación Botánica de Pittsburgh, Pennsylvania. En definitiva, un libro más que recomendable no sólo para historiadores y botánicos, también para los que deseen adentrarse en una aventura que nada tiene que envidiar a las de ficción que tanto abundan en la literatura.

Francisco Javier Dosil Mancilla
Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

